

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Memoria selectiva. Por José Lois Estévez

Son muchas las razones para escribir la Historia. Famosos profesionales se han aplicado a darnoslas. Entre otros, quizás haya sido Diodoro quien la recopiló en forma más completa. Pero esto sucedía en el siglo anterior a Jesucristo. Ahora, prevalecen otros criterios, especialmente entre algunos políticos. Lo que propugnan es borrar del pasado las páginas que les desagradan.

La Historia ha obligado al hombre a formular constantes reflexiones. Porque, al igual que cualquier otra Ciencia, destilarla no es fácil. Su ambición última se identifica con la verdad; pero la verdad con relación a los hechos es tan multiforme, que, sin alguna clase de supresiones, falta recipiente para tan vastos contenidos. Aunque nos resultaran accesibles todos los detalles, si quisiéramos tratar la Historia sin omisiones, no podríamos evitar una sensación de fracaso. Nuestra frustración tendría que parecerse a la de San Juan, cuando al terminar su Evangelio, estampaba con cierto pesar estas palabras: “Otras muchas cosas hizo Jesús, que, si se contara una por una, me parece que todo el mundo no podría contener los libros que podrían escribirse”.

Los historiadores piensan como el último evangelista: Se aglomeran, al intentar evocarlos, tantos pormenores, que su descripción necesita un tiempo prohibitivo. La Historia Universal resulta tan compleja que sin una selección escrupulosa los hechos nos desbordarían. El historiador tiene que practicar la censura. Y ha de suprimir aquí y allí, porque no le caben en el relato ni excesivos protagonistas, ni la integridad de los lances ni cuantas incidencias traman el desenlace.

No siendo posible contarlo todo, hay que eliminar lo superfluo. La selección es un Arte muy arduo

No siendo posible contarlo todo, hay que eliminar lo superfluo, sin comprometer el encadenamiento inteligible de los sucesos. La selección es un Arte muy arduo, que no cabe sin lógica ni amenidad, exenta de novelorías.

Decía Herodoto que con su Historia trataba de impedir que se borrasen con el tiempo los hechos públicos de los hombres y aún sus grandes hazañas. No parece fácil definir mejor las metas del historiador. Pero su resumen parte siempre de una presuposición: la de la veracidad del relato. Porque la verdad histórica es problemática en más de un sentido. Habremos de preguntar, primero, a qué ámbito territorial se habrán de circunscribir los acontecimientos, pues, aunque nos propongamos extenderlos al planeta entero, todos los países no pueden tomarse unificados como si de un solo sujeto se tratara. ¡Siempre resultará insignificante lo que les pase juntos! ¡Sin achicar el mundo, ¿cómo sentirse parte en lo que allí acontece?

Ahora mismo, estamos tratando de formar una Comunidad Europea. Pero lo que está sucediendo en España, y en Lituania o Polonia, apenas ofrece puntos de contacto. Sin convivencia protagonista desplegable, no puede haber hechos compartidos. Pero cada vez que ensanchamos el trabajo en común estamos ensayando inventos sociales que podrían ser beneficiosos, con sólo cumplir una condición: no ser causa creciente de conflictos.

Decíamos en pasados días, que el Derecho estaba siempre construido a escala, y su manifestación originaria era la familia, hecho histórico primario, absolutamente esencial para asegurar la supervivencia. Siendo la familia resultado necesario del emparejamiento bisexual fecundo, su ley constitutiva íntima no puede ser otra, frente al egoísmo, que la excepción altruista o la preferencia por el tú.

Pues en una cosa están conformes la Historia y el Derecho: en postular que sus realizaciones sean veraces, anteponiendo siempre a las actitudes de signo polémico las que velan ansiosamente por la paz o preservan el amor sin contradecirse.